

Mundos Paralelos

By Antonio Tovar

El mundo se estaba congelando. O, al menos, eso parecía estar ocurriendo en su entorno; donde el barómetro del teléfono inalámbrico marcaba veinte grados bajo cero. A pesar de que el mundo pareciera congelarse, él, en el interior de su viejo apartamento, iba descalzo. Vestido con ropa ligera. Llevaba puesto un pijama veraniego, blanco, con rayas de marinero. Iba vestido de ese modo porque la temperatura invernal dentro del apartamento gracias al sistema de calefacción del antiguo edificio donde vivía, se encontraba puesta al máximo. Y, por eso, en el interior del apartamento, el calor era casi tropical. Un contraste enorme de temperaturas entre el interior y el exterior. Dramático. Tan dramático como el contraste de temperatura que él sentía a cada instante cambiar dentro de su cuerpo; la temperatura dentro de su cuerpo era un constante subir y bajar desquiciado. El que, a ratos, lo mismo lo hacía sudar profuso que temblar de frío. Aquel constante cambio de temperaturas incontrolable era lo que lo obligaba a moverse por el apartamento dando vueltas infinitas. Como si en lugar de encontrarse en casa, moviéndose desesperado, estuviera en una jaula de animal de circo.

Llevaba horas sufriendo estos terribles cambios de temperatura. Horas angustiantes. Las que, sumadas, hacían un par de días. El mismo tiempo que llevaba sin inyectarse heroína. Como otras veces, en que Santiago Pescador había decidido detener su precipitada caída al abismo, esta madrugada, sufría las consecuencias de su férrea voluntad.

A pesar de tener apenas cincuenta años su aspecto era el de un anciano.

Un anciano decrepito.

Maltratado por la vida.

Ese aspecto se lo debía a un perpetuo abuso de sustancias tóxicas que le producían placer: heroína, cocaína, alcohol, marihuana, crack, pastillas tranquilizantes, tabaco, y un sin fin de plantas y drogas químicas sin nombre que había consumido, y continuaba consumiendo, en los últimos treinta años. Los mismos años que, una y otra vez, viéndose al borde de la inminente caída al abismo o tocando la puerta de la locura, sacaba fuerzas de algún lugar lejano en su voluntad para postergar la agonía. Un tiempo. Un tiempo que, en ocasiones, podría durar meses. Meses en los que podía dormir tranquilo. Tener claridad. Y concentrarse en algunas actividades relacionadas a su profesión; la música.

Santiago Pescador tocaba la trompeta.

Tocaba la trompeta como lo hiciera su abuelo durante toda su vida.

Tocaba la trompeta como lo hiciera también su padre.

Quien, en su tiempo, acompañó a varias orquestas famosas, que dieron la vuelta al mundo alegrando con su música las noches frías de lugares remotos y gélidos como Berlín, Londres u Oslo con el calor rítmico que llevaban cargando en sus instrumentos desde una isla soleada en el Caribe.

Santiago tocaba la trompeta por amor y porque lo traía en la sangre.

Era un virtuoso.

Y ese virtuosismo con el que había superado la maestría de su abuelo y su padre, también lo había llevado a realizar extensas giras mundiales, acompañando a renombradas orquestas de jazz, música tropical, famosas luminarias del rock, además de ser solista con varios músicos de vanguardia.

Santiago, en el medio musical contemporáneo, era un hombre importante.

Un trompetista de gran calidad, codiciado por muchos famosos.

Los que, aun y sabiendo que su vida no era nada ordinaria, cada año le ofrecían jugosos contratos, para que los acompañara en sus giras mundiales. Por eso, cuando se encontraba bien y podía cumplir sus compromisos, su presencia musical era requerida y admirada en muchos escenarios importantes. Sobre los que tocaba con maestría de genio. En ciudades como Ámsterdam, Buenos Aires, Lisboa, Ciudad de México, Madrid, Nueva York, Roma, Rio de Janeiro.

Pero, cuando Santiago, en esa incansable búsqueda que llevaba desde hace tiempo en pos de algo desconocido, se embarcaba en las aguas turbias y azarosas de la droga, contar con él era imposible. Pues, aunque su cuerpo se movía físicamente por espacios comunes, su mente y su espíritu vagaban explorando otras dimensiones...

Eran dimensiones paralelas, en las cuales, a veces, su viaje era placentero.

Aunque también, otras veces, el viaje a los confines de otros mundos, simplemente, era psicótico y aterrador. Angustiante.

Por lo general, los síntomas de sus malos viajes, a las dimensiones paralelas, cuando éstos se encontraban permeados de agobio y terror desquiciante, solían ser parecidos a los síntomas que se repetían cada vez que intentaba alejarse por un tiempo de la orilla del abismo; dejar la droga. Ésas eran épocas en que lograba sustituir, al menos por un rato, la heroína por sustancias más ligeras y menos demandantes de concentración absoluta.

Cuando Santiago no se inyectaba, fumaba hierba a montones. Bebía alcohol, en grandes cantidades. Igual que inhalaba cocaína, con nariz de oso hormiguero, cuando la tenía al alcance. Pero, al menos, con estas sustancias, aunque demandantes e introspectivas, a pesar de dañar más su cuerpo físico, podía cumplir con sus compromisos musicales. Los únicos compromisos que tenía en la vida. Ya que, siendo consciente de sus hábitos y estilo de vida, poco a poco había elegido la soledad absoluta.

Santiago había elegido vivir en la soledad profunda del adicto, sin mujer y sin familia, rodeado de pocos amigos, para no causar daño ni dolor a otros seres con sus ausencias perenes. Debido a que sus exploraciones a los mundos circundantes requerían siempre de total concentración, y sus ausencias, tanto físicas como interiores, podrían prolongarse meses, había optado por la soledad infinita.

Aunque su virtuosismo con la trompeta lo había sacado de apuros económicos toda la vida, su adicción a la droga lo llevaba continuamente a vivir en extrema pobreza. Porque cuando sus exploraciones a otros mundos eran prolongadas, y dejaba de trabajar, al necesitar más droga, lentamente, se deshacía de todas sus pertenencias con valor económico. Bienes materiales que, una y otra vez, según la posición en que se encontrara subido en la rueda de la fortuna, compraba o vendía.

En estos días invernales, de nieve cayendo profusa, Santiago se encontraba subido en la parte inferior de la rueda de la fortuna. Por eso, en el viejo apartamento del Lower East Side donde vivía, botados en el suelo y la cama apenas había unas pocas pertenencias esenciales: un libro de magia, un libro de rezos, un par de zapatos viejos, un televisor en blanco y negro, dos tazas de café sucias y sin líquido, además de un plato blanco, roto de una orilla, en el que reposaba una cuchara metálica quemada y una jeringa de vidrio manchada con gotas de sangre en la punta de la aguja. El teléfono inalámbrico era la única posesión de valor que todavía le quedaba a mano en esos días, debido a que, luego de una larga incursión a los mundos sensoriales, en uno de los tantos arranques de ansiedad

que lo acometían cuando intentaba llegar a lo inalcanzable... lo habían llevado a canjear todo, hasta la trompeta, por unos cuantos gramos de heroína.

De la trompeta se había deshecho hace pocos días. Una madrugada gélida. La de la misma noche en que había canjeado un reloj y dos anillos de oro en el barrio chino, a pocas calles de casa, por un poco de opio. El opio lo necesitaba para tranquilizar los nervios cuando se sentía muy alterado.

Santiago era un viejo habitante del barrio. Por eso, aparte de los chinos, los dueños de los fumaderos de opio clandestinos, quienes lo conocían y apreciaban por ser buen cliente, también los rabinos de las congregaciones adyacentes a su apartamento lo conocían y apreciaban como a uno de los suyos. Igual que lo apreciaban muchos artistas residentes en la zona donde también era conocido entre varios grupos distintos de gente por su bondad desmedida; ayudaba siempre a quien podía. Y era respetado y querido gracias al profundo respeto con el que trataba a cada individuo. Sin importarle nunca su origen ni su posición económica o social.

Cuando Santiago exploraba lugares lejanos, algunas veces tenebrosos, en los que traspasaba las puertas del delirio, era común verlo por las calles del barrio a cualquier hora hablando solo. A veces, a gritos. Aullando. Aterrado. Luego de haber traspasado sin querer umbrales prohibidos... Los vecinos, quienes lo conocían y estaban acostumbrados ya a sus continuas transformaciones, como nunca lo habían visto hacer daño a nadie, lo dejaban delirar tranquilo.

Recorriendo las calles del viejo barrio como fantasma sin destino. Todos sabían que era un músico virtuoso. Como también algunos sabían que esas exploraciones al mundo de la lucidez y los delirios formaban parte de su virtuosismo. Él era distinto. Por eso lo dejaban en paz. Y nadie llamaba nunca ni al psiquiátrico ni a la policía.

Llevaba horas dando vueltas en su apartamento. El que se encontraba en un viejo edificio construido hace más de un siglo. En el cual, aparte de él, en los pisos superiores, vivía un pintor, un escritor, y una escultora. Mientras que, en el piso inferior, justo debajo de su apartamento, había una sinagoga. La vieja sinagoga era un espacio reducido, improvisado en el sótano del edificio, hace decenas de años, por los primeros emigrantes judíos que arribaron a la zona mucho antes de las dos grandes guerras que devastaron a Europa. Era un lugar de culto, donde, desde hace más de un siglo, cada mañana se reunía para orar un grupo de ancianos de diverso origen. Todos los ancianos iban siempre vestidos de negro. El mismo color de su sombrero ancho y el mismo color de sus abrigos. Muchos de estos venerables ancianos tenían enormes barbas blancas las que les llegaban hasta el pecho. Sus barbas eran tan largas y de color nieve que cuando reposaban sobre la tela de su vestimenta negra hacían con ésta un contraste enorme.

Santiago tenía buena relación con todos ellos. A pesar de que, en algunas ocasiones, cuando sufría uno de esos ataques de ansiedad, los que lo acometían estando drogado, el delirio lo llevaba a forzar la cerradura de la puerta del templo para entrar a robar... En esas erróneas ocasiones sustraía del templo algunos objetos del culto que, en ese instante, consideraba de valor. Por lo regular eran objetos de plata. Los cuales, una vez sustraídos, canjeaba por un poco de opio a los chinos en alguno de los fumaderos clandestinos del barrio. Como los chinos conocían a Santiago desde hace tiempo, así como también sabían la procedencia de los objetos rituales, fingiendo que los aceptaban, le daban a cambio un poco de opio para tranquilizarlo y, más tarde, cuando el músico se quedaba profundamente dormido, con mucho respeto, alguno de los chinos del fumadero devolvía los objetos rituales sustraídos de la

sinagoga al rabino encargado del templo. Quien, por otra parte, cuando Santiago se encontraba en su juicio, lo reprendía furioso, con un airado sermón, en el que enfatizaba el mandamiento que decía: No robarás...

Si el rabino no denunciaba a Santiago con la policía era porque, muchas veces, cuando se encontraba en buenas condiciones de salud y económicas, luego de una gira con algún músico importante, al volver a casa y con dinero de sobra, después de los rezos matutinos, hacía una visita al templo para entregar al rabino un sobre cerrado que contenía una generosa donación de dinero.

Aunque Santiago no practicaba ningún tipo de religión, recordaba siempre su origen sefardita. Un origen que se perdía en la historia de los tiempos. Con el cual, luego de muchos siglos de haber sido expulsados de España, sus ancestros arribaron guardando herméticos el secreto de su origen, a las costas de esa isla en el Caribe llamada Puerto Rico.

Ya pronto sería la hora de los rezos. Santiago lo supo por el reloj del teléfono celular. El único objeto de valor que aún conservaba. Luego de esta última incursión a los mundos sensoriales. Era un aparato pequeño. El que, a pesar de usarlo poco, simbólicamente, de algún modo lo mantenía sujeto al mundo por el que movía su cuerpo físico. Ya pronto iniciaría la hora de los rezos...

Los rezos y las plegarias de los ancianos judíos que, cada mañana, cuando todavía se encontraba tumbado en la cama, escuchaba traspasar el piso de madera de su habitación. El piso que, a su vez, era el techo del templo. Cuando los rezos matutinos se instalaban en el espacio alrededor de la cama, rápido se mezclaban con los retazos de sus sueños. Y se mezclaban, también, con sus pensamientos confusos y desordenados. Sobre los que cavilaba apenas abrir los ojos ... cuando podía dormir. Eran pensamientos mezclados con retazos de sueño acompañados, en esos días, por el incesante ruido que producía la caldera central del edificio. La caldera central que no era otra cosa que un Viejo armatoste conectado a todos los apartamentos por medio de gruesas y vistosas arterias de hierro. Las que reproducían el ruido de agua hirviendo por todos los rincones con ecos infinitos. Ecos ruidosos. Los que, al amanecer, sonaban extraños mezclados con las voces de los ancianos lanzando sus plegarias al cielo...

Ya pronto iniciarían los rezos. Y, a pesar de que el barómetro del teléfono marcaba veinte grados bajo cero y afuera de la ventana, en las terrazas de los edificios contiguos se apilaba una gruesa capa de nieve, Santiago había decidido de pronto que saldría a la calle. Porque ya no aguantaba más. No. Ya no soportaba más la ansiedad que le quemaba la piel y la carne. Ni tampoco resistía el calor y el frío que lo hacían sudar y tiritar al mismo tiempo. No. Ya no aguantaba más esas sensaciones. A pesar de haberse tomado una caja entera de pastillas tranquilizantes. No. Ya no aguantaba más el calor y el frío... Como tampoco soportaba más a la inmensa rata que corría incansable dentro de su cerebro... Ese enorme roedor. Asqueroso e inundo. Que, muchas veces, cuando deliraba, lo veía correr incesante dentro de su cabeza... Ese animal espeluznante que se encontraba mirándolo fijo en cada sitio sobre el que posaba los ojos. Ese enorme y asqueroso roedor que, cuando lo veía correr por las calles, o en los túneles del tren, lo hacía estremecerse hasta provocarle terribles escalofríos.

No.

¡Ya no aguantaba más!

Por eso, aun y a pesar de saber que, esta vez, se encontraba muy cerca de caer definitivamente al abismo, tomó la decisión de ponerse el abrigo, los zapatos sin calcetines, el pantalón y la camisa encima del pijama, un gorro de lana y salir a la madrugada a enfrentar el frío. Ese frío de congelador industrial que, allá fuera, aplastaba todo.

Cuando Santiago comenzó a descender la escalera, arropado con un viejo abrigo, que le venía enorme, su figura encorvada por el exceso de emociones, vista desde lejos, lo hacía parecer un anciano. Más viejo y decrepito que todos los ancianos judíos que cada mañana acudían al templo para orar. Más viejo, incluso, que el mismo edificio en el que vivía desde hace tiempo. Más viejo que el chino Lu... A quien pensaba acudir como primer recurso. Pensaba dirigirse al fumadero de opio, que el viejo chino regenteaba en el sótano de un destartado edificio ubicado en un callejón adyacente a la calle Mott, con la esperanza de que le abriera la puerta: había algunos que aseguraban que el chino Lu tenía más de ciento veinte años...

En ese momento, cuando arrastraba los pasos en la nieve, temblando de ansiedad, y sufriendo las embestidas de toro del calor y el frío que producía su mismo cuerpo, con su boca desdentada y su cabello entrecano alborotado bajo el gorro de lana, Santiago parecía ser más viejo que Lu o cualquier otro anciano en la ciudad entera.

La distancia entre su apartamento y el fumadero de opio era apenas unas cuantas calles. Las mismas que recorrió despacio a pesar de la ansiedad que mordía sus entrañas. Caminaba trazando sobre la nieve un rastro irregular marcado con una línea de lodo profunda. Y, mientras caminaba, en un lapso de claridad mental, en un momento que la rata dejó de correr en su cerebro, pensó: que si el chino Lu, por la hora que era, las cinco de la mañana, no le abría la puerta, regresaría sobre sus huellas trazadas en la nieve hasta la boca del tren subterráneo en East Broadway. Para abordar desde ese punto el tren F con dirección a Queens. Donde, al arribar a la intersección de líneas, la parte donde se cruzan los trenes que van a Queens y al Bronx, cambiaría al tren exprés número cinco. El que lo llevaría veloz hasta Harlem. El sitio de la ciudad donde, estaba seguro, a pesar de la hora, Daddy Johns, le abriría la puerta de su picadero clandestino. También estaba seguro de que, a cambio del teléfono celular, le daría al menos un poco de heroína para mitigar su ansiedad... Estaba seguro de que Daddy Johns le daría por el teléfono un poco de droga para mitigar el frío y el calor simultáneo que le carcomía el cuerpo.

Daddy le daría un poco de heroína, estaba convencido, la que sería una cantidad suficiente para calmar a la rata que corría incansable en su cerebro... Ese animal maldito al que tenía pavor. Ese animal inmundo, que lo hacía temblar de miedo, de solo pensar que, si no llegaba a tiempo a Harlem, lo devoraría a mitad del viaje; a bordo del tren número cinco, en uno de los túneles, antes de llegar a la estación de la calle 42... La estación donde se encuentra la mítica estación de trenes Grand Central.

*This story is part of a book (work in progress) entitled *Vivir en una isla*.